

hay que añadir otro, Andrés Pitorri, su comensal en la comida que tuvo lugar en casa de Juvenal Pelami. Pues bien: el Rdo. Nicolás Pitorri declara en estos términos: «Terminada la ceremonia, nos encontramos juntos en casa de Pelami, en el palacio Accorimboni, donde comimos. *Mi prima estaba contentísima y más alegre que de costumbre, y comió con buen apetito, no haciendo alusión alguna á su curación.*» Andrés Pitorri, hablando también de esta comida, añade: «Llegué también, y nos sentamos todos á la mesa. *Mi tía no estaba ya encorvada, sino derecha y alegre.*» Ana María, hermana de este último, añade: «No me acudí la idea de que mi tía estuviese curada; mas luego, reflexionándolo bien todo, *es cierto que aquel día despues del Te Deum no le oí lamento alguno, y no ví ninguna señal que indicase que estuviese enferma.* Así, viendo la manera expeditiva con que hizo á pié el camino de una vez, me pareció que ya no estaba enferma. En efecto, cuando buscábamos un medio de transporte, contestó que esto le importaba poco, *pues hubiera podido hacer el camino á pié.*» Esa alegría insólita y esa facilidad de caminar en una mujer que había sufrido tanto, llamó también la atención del otro testigo, Ariodante Ciccolini, conforme lo recordó y refiere la enferma curada: «Sin embargo, como me sentía muy bien, cuando salí de San Pedro despues del *Angelus*, caminé derecha y á un corri, lo que estrató mucho al Sr. Ariodante.» Ya ve, pues, el ilustre autor de las observaciones críticas, que las actas me suministran materiales suficientes para dar, si yo procediese oratoriamente, contestaciones perentorias á todas las objeciones formuladas.

La señora curada y la hija de su hermano exponen tan ingénuamente y con tanta claridad las circunstancias de la curación instantánea, que es fácil comprender en su conjunto la sucesión del caso. Ambas fueron á la basílica del Vaticano y subieron á la tribuna reservada á las mujeres, para asistir desde ella á la solemnidad de la beatificación. Preocupada la enferma por su salud, multiplicaba sus súplicas al Bienaventurado Benito José. Mas una especie de enajenamiento la absorbió durante su oración, hasta el punto de que parecía privada de los sentidos. La joven tenía los ojos atentos á las ceremonias sagradas, y no se ocupaba de su tía. Pero llegado el momento de descubrir la imagen del Bienaventurado y de cantar el himno de acción de gracias, cuando una piadosa emoción llenaba

todos los corazones, la joven sea por alguna exclamacion, sea tocándole el brazo, sea por una interpelacion directa, despertó á su tía medio abismada. Esta se informó de lo que había pasado, y preguntó si estaba ya descubierta la imagen del Bienaventurado. Afirmóselo la joven, y le dió á conocer á qué punto estaban de la ceremonia. Entonces Teresa, mirando á la santa imagen, sintió que habían desaparecido sus dolores, y llevando la mano al pecho enfermo, comprendió que estaba curada. Todo esto resulta evidentemente del conjunto de las deposiciones de una y otra. Véase lo que nos dice Teresa:

«Aquel día me encomendé sin cesar al bienaventurado Labre, diciéndole únicamente no quería me hiciesen operacion; por lo demás, aquel día estaba como enajenada, lo que me impidió advertir el momento en que se descubrió la imagen del Bienaventurado. Mi sobrina ya nombrada me lo hizo saber: entonces empecé á mirarle atentamente, sin poder desviar de él mis ojos. En esta contemplacion ya no sentí más dolor en el pecho izquierdo, aunque hasta entonces me había hecho sufrir mucho; por esto apreté con la mano la parte enferma, y no sentí ningun dolor.» Ana María, hija de su hermana, declara á su vez: «Entramos con billetes en la tribuna de las señoras: yo estaba atenta á la ceremonia, y me ocupé poco de mi tía, que estaba junto á mí. Cuando se descubrió el cuadro, al principio del *Te-Deum*, me habló con aire de extrañeza de que ya se hubiese descubierto el cuadro del Bienaventurado, sin haber advertido todo lo que precedió: esto me hizo suponer que había dormido hasta aquel momento, tanto más cuanto me dijo en seguida que ya la había despertado, lo que, por lo demás, no recuerdo si lo hice. En aquel momento mi tía quedó curada del cirro.»

La crítica pretende que *estos dos testimonios son tan diferentes* que no puede comprenderse quién es el verdadero. Uno y otro, le contesto, pues concuerdan en la sustancia del hecho, y esto basta segun la prescripcion del derecho, para que se de fe á los testigos. Por lo demás, no puede haber más que una duda: la de saber si en el breve diálogo que tuvo lugar entre Ana María y su tía, la primera interpelacion procedió de la enferma ó de la joven. Es de todo punto evidente que la joven despertó á Teresa. En efecto, 1.º cuando dos testigos, el uno afirma y el otro dice *no lo recuerdo*, hay que preferir el que conserva la memoria del hecho; 2.º en una conjuntura tan reciente,

la tía dijo á la jóven que ésta la habia despertado, y la misma Ana María lo certifica: *Me dijo que la desperté*; 3.º cuando se trata de dos personas de las cuales una no ha cesado de dormir, mientras que la otra estaba ciertamente despierta, y no se sabe cuál fué la primera en dirigir la palabra á la otra, el sentido comun nos dice con bastante claridad que es la que estaba despierta. Excusado es, pues, que la crítica se esfuerce por demostrar que no se tienen bastantes pruebas y testimonios para establecer el hecho súbito de la curacion.

4. Pasando del testimonio de mujeres al de los médicos la censura dice que sus certificados no son tales, que puedan suministrar una prueba completa y legitima para establecer seguramente el diagnóstico de la enfermedad. Niega que los doctores Scalzaferri y Tancioni examinaron el mal como debian, y respecto al Dr. Angel Mascetti, aunque confiesa que examinó muchas veces el estado y las condiciones de la enferma, niega que pudiera afirmar con seguridad que aquella dureza pétreaa, particular á la naturaleza y al carácter del cirro, persistiera hasta la curacion del mal, porque el mismo declara que creciendo el mal, no le fué posible tocar el pecho izquierdo de aquella mujer. Bueno será contestar á tales objeciones siguiendo el orden inverso, y conceder el primer lugar al Dr. Mascetti, atendido que, como dice la censura, *el fué quien prestó á Teresa los cuidados más asiduos*. Estoy persuadido de que la relacion del célebre médico es completa; pero supongamos por un momento que deja todavia algo que desear. Está recibido en nuestro derecho que la totalidad de los elementos de que se compone un mismo hecho, no se busca unicamente en el testimonio del médico, sino en el conjunto de las declaraciones de todos los testigos, á fin de que, en caso necesario, las contestaciones de unos suplan á lo que pudiese faltar al testimonio de los otros. Más aún, pudiera pászarse por completo de la declaracion del médico, cuando los otros testigos son capaces de afirmar claramente las cualidades de la enfermedad; cuando ésta es de las que son evidentes por sí mismas, y pueden ser conocidas por personas que no son médicos ni cirujanos. (Bened. XIV, lib. 3, cap. 7, § 9, al fin). Si puede admitirse esta regla para el conjunto de todos los síntomas, con mayor razon puede hacerse cuando se interroga á varios médicos, y cuando se trata de un sintoma solo que cae bajo el dominio de los sentidos, se percibe al tacto y

puede, por lo tanto, ser reconocido y atestiguado por el hombre más incompetente. El pezon del seno ¿es blando ó duro? No hay mujer tan torpe que no pueda asegurarse de ello tocándolo y decirlo con suficiente claridad. Pues bien, tanto como Teresa pudo soportar el tacto, la misma Teresa y Cándida Cortesi que la servia, sintieron la dureza.

5. Pero tanto como el tumor pudo tocarse, insiste la censura, tambien el cirujano sintió que era duro al tacto. La dificultad empieza desde que aumentó el mal, porque entonces el tacto se hizo imposible, pues la enferma no podía sufrir el más ligero contacto. ¿Nos creéis aplastados, no es verdad, y vais á inferir de aquí que el diagnóstico del cáncer es incierto? ¡Ah! ¿tal diagnóstico no es, por el contrario, más claramente confirmado? ¿Acaso la intensidad de los dolores punzantes junto á los otros síntomas tan terribles no anunciaban evidentemente que el cirro se habia transformado en un cáncer oculto, como todos los médicos lo han reconocido? Más aún, en esta época inútilmente se hubiera buscado la dureza, puesto que el cáncer habia llegado al periodo que se denomina del ablandamiento. «Este tumor (enseña el ilustrisimo Ranzi), que se muestra duro y de la consistencia de la piedra, que en seguida tiene un periodo de ablandamiento y da lugar por último á una ulceracion horrible... es llamado primero cirro, luego cáncer oculto en el periodo de ablandamiento, y por último cáncer manifesto, cuando el tumor llega al periodo de ulceracion (Ranzi, *Pathol. chirurg.* t. 1).»

Podemos, pues, afirmarnos con seguridad en el relato del Dr. Mascetti, y considerarlo como absolutamente completo.

6. Una vez admitida como perfecta la certification del doctor que asistió asiduamente á la enferma, certification que conuerda á maravilla con las deposiciones de los otros testigos no iniciados en el arte médico, nada más puede desearse segun las prescripciones del derecho y de la costumbre recibida: los votos de los otros dos médicos eminentes son á la verdad utilisimos y son mucho de apreciar, pero de ningun modo necesarios á nuestra prueba. Así, pues, aunque el Dr. Scalzaferri sólo vió raras veces á la enferma cuando sufría del segundo cáncer y que mucho de lo que atestigua no es más que por referencia; aunque el ilustre Tancioni inspeccionó el cirro del lado izquierdo cuando era incipiente y no habia

aún progresado, nada puede deducirse de ahí que debilite la demostración de la enfermedad. Además es oportuno recordar que ha de tenerse muy en cuenta el testimonio del Dr. Scalzaferrí, porque permaneció asiduamente al lado de Teresa mientras sufrió del cirro del seno derecho, y porque vió y estudió la naturaleza del cáncer después de extirpado; y el de la izquierda fué la continuación del mal anterior, y todos los testigos declaran que era en todo semejante al primero. Respecto al ilustré Tancioni, no examinó sólo dos veces el tumor izquierdo, sino que estuvo presente á la primera amputación, y todo el mundo comprende sin trabajo de cuánta fuerza es su testimonio para nuestra causa: «Antes de la operación del pecho derecho, recuerdo que también observé y exploré el izquierdo con el tacto, y lo encontré semejante al derecho, pero sin haber llegado aún al mismo grado.» Poco después añade: «No recuerdo precisamente cuántos días transcurrieron entre mi primera visita y la operación en la que estuve presente. Lo que hay de cierto, es que el día de la operación encontré el tumor en el estado que cuando lo observé la primera vez.» Y más lejos: «Los caracteres que presentaba el pecho izquierdo eran la dureza, el volumen y la irregularidad de un tumor igualmente canceroso que se ocultaba en el seno de aquel pecho, sin alteración alguna de los tejidos externos; pero era imposible dudar que semejante tumor fuese de una especie diferente.» Si reunís pues, todos estos documentos, encontraréis no algunas pruebas aisladas, sino un cúmulo de pruebas verdaderamente imponente. Que después de esto venga la crítica y se esfuerce por separar los testigos y tomarlos á parte, para asaltar al batallón todo entero, es una táctica ya vieja y gastada que la sabiduría de esta sagrada congregación ha desdeñado y rechazado en multitud de causas.

7. Después de haber intentado infirmar la autoridad de los testigos y la fuerza de las pruebas, la crítica ataca de una manera general los síntomas del cáncer: ¡que no pueda desterrarlos de la tierra! pero los declara inciertos, oscuros, dudosos y tales en una palabra, que la ciencia médica no ha podido aún designarlos de una manera definitiva. Si se sacasen las consecuencias lógicas de los términos que la censura emplea con toda clase de adornos y de elegancia, y si se juzgasen severamente sus expresiones, no sólo se las encontraría injuriosas para la

noble ciencia de la medicina y para sus más eminentes profesores, sino que además heriría gravemente la dignidad y grandeza de la sagrada Congregación, pues en las causas de beatificación y canonización ha contestado á menudo que era cierto (esto es, que era manifiesto), que á veces se había curado el cáncer; y no se trataba solamente de aquellos que habían afectado una parte exterior del cuerpo, como el que nos ocupa, sino de los que eran más difíciles de conocer que se ocultaban en el fondo de las vísceras. Benedicto XIV recuerda curaciones milagrosas de cáncer que la Sagrada Congregación de Ritos reconoció en las causas de san Luis Gonzaga, de san Lorenzo Justiniano y de san Juan Facundo. (Lib. IV, § 1, capítulo 17, §§ 6 y sig.) Y ¡cuántos otros ha habido desde entonces! Sábelo muy bien los prudentísimos Padres, á quienes tan frecuentemente se ofrece, en la discusión de los milagros, la lectura de estos títulos: *Curación instantánea y perfecta de un cáncer ó de un tumor canceroso*, etc. Sábelo también el sabio promotor de la fe, que obligado á causa de sus funciones á tratar frecuentemente tales asuntos y á disputar sabiamente de ellos, puede argumentar acerca las causas mejor que Hipócrates ó Boerhaave. También yo pudiera aportar aquí el resultado de mi experiencia en tales materias, si no temiese que álguien juzgase que me vangloriaba de algunos ligeros triunfos que á la verdad no he ganado sin penosos esfuerzos. ¿Quién sería osado, pues, á decir que esta Congregación ha pronunciado tantas veces el *constat* sobre una enfermedad cuya existencia no puede ser atestiguada por indicios ciertos? Por lo demás, ya he dejado establecido, según Ranzi, que los sabios prudentes que cultivan la ciencia médica han podido sentir algunos caracteres *incontestables* y recibidos en todo tiempo, que han atravesado todos los siglos y todas las escuelas sin suscitar contradicción, y que durarán tanto como la enfermedad cancerosa persistirá siendo un azote de la humanidad. Asimismo Monteggia, tratando de las señales diagnósticas del cáncer, concluye así: *De todo esto resulta que no existe un solo carácter seguro é inequívoco del cirro; pero, lo mismo que en otras muchas enfermedades, su diagnóstico debe sacarse del conjunto de muchas circunstancias que, reunidas, llegan á crear la certeza acerca el carácter de la enfermedad.* (Institut. chirurg. par. 1, cap. 15, § 105).

8. Pero la censura no tiene confianza en mí, extraño á los misterios de Esculapio, ni en las autoridades que he

citado; es preciso, pues, atenerse, para andar sólidamente en este asunto, á aquel cuya doctrina sigue escrupulosamente la sagrada Congregacion, y pedirle los datos que puede ofrecer el arte de curar, lo que los más hábiles en este arte han enseñado acerca los signos del mal que nos ocupa. Dicho célebre médico ha declarado expresamente: «Aunque puede suceder, y esto rarísimas veces, que el diagnóstico de una afeccion cancerosa permanezca dudosa durante algun tiempo, los tumores malignos de este género van por lo comun acompañados de tales circunstancias, y presentan síntomas tales, que puede muy bien decirse que por desdicha no hay diagnóstico más cierto. Y con justicia, pues en el caso en cuestion se encuentran las circunstancias de que he hablado; pues, en efecto, se halla en él todo lo que los más célebres autores exigen para establecer con plena certeza el diagnóstico del cáncer. (Juicio médico del excelentísimo Alejandro Ceccarelli, let. E).» Y más lejos: «Es cierto que en algunos casos, y en particular cuando el cáncer tiene su asiento en las partes íntimas del organismo, ó bien cuando es incipiente, el diagnóstico ofrece alguna dificultad, pero no sucede así en el caso en discusion, en el que se encuentran todos los caracteres que pueden revelarlo. En efecto, Vogel, citado por el adversario, dice: «Algunas veces se puede estar en duda, mas aquí los expertos no pudieron engañarse acerca la cualidad de la dolencia, á causa de una observacion poco exacta, pues resulta del proceso que estaban completamente informados de ella. Además, las palabras del doctor Mascetti enumerando los caracteres descubiertos por el exámen anatómico del cáncer del pecho derecho, tienen toda la aptitud apetecible para demostrar que habia tambien en el otro costado un verdadero cáncer. (Dictamen médico del excelente Dr. Alejandro Ceccarelli, hácia el fin).»

9. Añadid á esto que, en el hecho propuesto, se encuentra tambien una especie de argumento luminosísimo que nunca ha aparecido, que yo sepa, en las causas de este género: me refiero á la inspeccion de las partes íntimas del tejido canceroso, las que fueron puestas en descubierto bajo las miradas fieles de los médicos, cuando se hubo extirpado del seno derecho el tumor cirroso, semejante á aquel de que nos ocupamos. La importancia considerable de una prueba de este género no le pasará desapercibida al prudentísimo promotor de la fe, que la ha

indicado indudablemente, aunque de una manera oscura é indirecta, cuando dice al fin de sus observaciones críticas: «Los modernos doctores en medicina ó cirujia tampoco han llegado, á pesar de las más exquisitas observaciones, á hacer bastante luz para disipar completamente la oscuridad de la naturaleza del cáncer. La anatomía patológica no puede, en efecto, ilustrar de ningun modo esta materia, puesto que no es posible hacer en un hombre vivo las observaciones de todo punto indispensables para hacerse cargo de los elementos por cuyo medio puede establecerse un diagnóstico más seguro del cáncer.» Pues bien, en el caso que nos ocupa pudieron hacerse tales observaciones en persona viva. Se ha hallado que la reunion íntima de los elementos que forman la sustancia maligna del cáncer era la misma en nuestra Teresa que en los cadáveres de aquellos que han sido explorados despues que el cáncer les causó la muerte. Lo he demostrado en mi contestacion á las primeras observaciones, donde comparé las opiniones y doctrinas de J. B. Monteggia con las palabras de los tres médicos que asistieron á la amputacion del cáncer. La fuerza de esta famosa prueba tampoco le pasó desapercibida al ilustre perito, que en ella fundó su tercer argumento para formular su dictamen, diciendo «que habiéndose amputado y anatomizado el cáncer del pecho derecho, se averiguó que era un verdadero cáncer.»

10. Por lo demás es que, con el intento de oscurecer la brillante luz de una demostracion tan clara, se opongan las sutilezas que amontonan las observaciones críticas. No pudiendo soportar la relacion del Dr. Mascetti, que hizo la operacion del cáncer y describió su estructura íntima, dice que desearia una descripcion más detallada, porque esas señales que el médico designa, el tumor las presentaba cuando estaba todavía adherente al pecho é identificado con él. Mas el cirujano recibe aquí una reconvenccion de todo punto inmerecida. ¿No veis que ha descrito lo que vio al inspeccionar el tejido íntimo del cáncer? Os lamentais de que el tumor no fuese entonces otra cosa que lo que parecia cuando sólo se veia su exterior. Pues esta queja es injusta, pues necesariamente habia de ser así. Si un arquitecto, por ejemplo, ó un albañil, quisiese descubrir la naturaleza íntima de los muros ó paredes cuya cara exterior ha inspeccionado, y si despues de abrir brecha en los muros por medio del escoplo y del

martillo, se quejase de no haber encontrado en las partes interiores del edificio sino cal, piedras y ladrillos, cuyas puntas y ángulos habian llamado su atencion en el exterior del edificio, ¿no seria recibido con una risa general? Habiéis de estar satisfecho de ello, se le diria, ya que esto demuestra que juzgásteis acertadamente del edificio sólo por su aspecto exterior. Esto es lo que precisamente les sucedió á nuestros médicos: la autopsia del cáncer les demostró que existía en el interior, tal como antes lo habian juzgado por las señales exteriores, esto es, por la vista y el tacto. «Extraída esta masa, y estando ahora fuera todo lo que habia oculo en el interior, nada podia mejor confirmarnos en la naturaleza de dicho tumor, que teníamos ya todo entero en nuestras manos; así pude tocarlo y observarlo para probarme más y más la exactitud del dictámen que de él formé durante todo el curso de la enfermedad (obsérvese que es Scalzaferri quien habla).» Respecto á la brevedad ó á la prolijidad de la relacion escrita por el ilustre Dr. Mascetti, uno de los médicos peritos ha dicho juiciosamente: «Cierto que estas palabras sólo contienen *las observaciones más esenciales*, pero eran la conclusion que resultaba de la observacion, y no podia pretenderso que el Dr. Mascetti hiciese del tumor una descripcion tan minuciosa y técnica, que no hubiera servido más que para demostrar mucha erudicion, sin añadir fuerza alguna á la verdad de su aserto. Y á la verdad ¿por qué tendría mayores títulos para ser creído, si hubiese hecho conocer minuciosamente y en detalle los caracteres del cáncer, áun los más insignificantes? Añadid que no fué sólo Mascetti en emitir ese dictámen, puesto que Tancioni y Scalzaferri, que estaban presentes y con él, fueron del mismo parecer. (*Exam. méd.*).»

11. Puesto que, despues de lo que se ha dicho, hemos certificado la naturaleza real y verdadera del cáncer, sin que reste peligro alguno de error, no puede ser que el tumor de Teresa sólo tuviese la apariencia de cirro canceroso, «á causa de las numerosas transiciones que separan el cirro de las otras clases de tumores,» como se lee al fin del § 8 de las observaciones críticas.

Por consiguiente, esta dureza cuya existencia se advierte más tarde en la glándula mamaria, de ningun modo puede ser considerada como un resto de cáncer. Cesando todos los demás síntomas, desapareciendo la hinchazon, disminuyendo el volúmen del tumor y sucediendo á la

dureza un periodo manifiesto de ablandamiento, seria necesario decir que en este cáncer hubo una marcha retrógrada de un nuevo género. Y esto es de todo punto contrario á la naturaleza conocida de esta enfermedad, de la que es propio progresar siempre sin nunca retroceder, como dicen Nysten y Ranzi ya citados. Y no se diga que los Padres deben por lo menos quedar en la incertidumbre, pues atendido que esta *marcha atrás* tan súbita y asombrosa del cáncer es contraria á las leyes conocidas de su naturaleza, y que muchas causas pueden explicar este tumor nudoso que más tarde se desvaneció por sí mismo, como lo ha demostrado sábiamente el Dr. Cayetano Tancioni, es preciso, si queremos juzgar conforme á las luces de la razon, rechazar la primera hipótesis, y admitir que tumores diferentes son producidos por causas diferentes. Teresa, al apercibirse de su curacion, saltó de gozo, *golpeándose con las manos fuertemente el pecho para mostrar que ya nada tenia*. Y sabido es que un *ligero golpe y hasta un roce algo fuerte podia producir la indiosidad y la dureza*. ¿Qué de extraño que resultara un efecto en proporcion de su causa? Mientras que por el contrario, si se atribuye al cáncer, que se habia ensañado tanto en sus progresos y estragos, el efecto de ningun modo corresponde á la causa. Más todavía; aun cuando los golpes no hubiesen causado irritacion alguna, el infarto podia aparecer á consecuencia de la irritacion producida por el cáncer antiguo, como lo ha enseñado un hombre muy competente. (*Examén médico*, n.º 2), en este caso no seria un verdadero resto de enfermedad, pues no era, propiamente hablando, un sintoma canceroso, ya que todo cuerpo extraño fijado en el pecho, no podia ser arrancado de él, aunque fuese por milagro, sin engendrar el mismo efecto. Si se explicase el tumor conforme á este parecer, y si no fuese atribuido á una causa posterior, como lo ha dicho el ilustre Cayetano Tancioni, seria todo lo más la señal de una enfermedad precedente, lo que en nada infirmaria la perfeccion de la curacion, conforme ha hecho observar el ilustre Dr. Mascetti: «Ciertamente hallé la misma glándula mamaria en su estado normal, menos el infarto ya indicado, que á mi parecer puede ser considerado como una señal de la enfermedad anterior, conforme sucede con las heridas que, despues de su curacion, dejan una cicatriz.»

12. Estas palabras del sabio doctor nos libra felizmen-

te de todos los temores que la censura quiere infundirnos á propósito de estas otras palabras: *Teniendo que ocuparme sólo de la exposición de los hechos, y no juzgarlos, no me atrevo á decir, á causa de este infarto, que dicha curacion fue milagrosa.* Esto significa que este varon eminente no ha querido arrogarse el papel de maestro en cuestion que se refieren pura y simplemente á las reglas de nuestro derecho; mas por lo que se refiere á su persona y su ciencia, reconoce el peligro: *Puedo afirmar con certeza y seguir los principios científicos, que la curacion del cirro de que acabo de hablar... debe ser atribuida á una accion sobrenatural.* Pero como ignoraba si signos tales como los testigos de las llagas, *que despues de su curacion dejan su cicatriz,* son consideradas, conforme nuestras reglas, como infirmando la perfeccion de una curacion milagrosa, no quiso ir más lejos: *No creo poder ir más adelante.* Mas en nuestro tribunal se pone fuera de duda aquello de que dudaba el médico, apoyándonos en esta doctrina de Benedicto XIV: «La cicatriz resultante de una herida es una consecuencia del mal; pero creo que en nada puede perjudicar á la afirmacion de la curacion obtenida por milagro, si la curacion estuviere probada clara y jurídicamente. (Benedicto XIV, lib. 4, cap. 8, § 22). Con mucho menos motivo aún se opondria la palidez del rostro, puesto que, conforme los numerosos testigos que he citado en la contestacion á las primeras observaciones, está suficientemente establecido que el dia siguiente al de su curacion Teresa tenía el color sano. Lo verdaderamente maravilloso fué ver, el mismo dia de su curacion, á la miraculada en posesion de todas sus fuerzas, como resulta de los testimonios arriba citados. Ahora bien, aún cuando no los hubiese recobrado hasta más tarde, ningun obstáculo seria esto para reconocer el prodigio, desde el momento que se tratase de un milagro de segundo orden. (Benedicto XIV, capítulo y párrafo citados más arriba). De ahí es fácil pasar á la solucion de la objecion sacada del hecho de que la persona curada no se transformase al momento en gorda y rolliza. Había comido muy poco en el tiempo de su enfermedad, y todas sus fuerzas estaban agotadas; su rostro, pues, debió necesariamente llevar las señales de la debilidad. A menos de una creacion nueva, sólo un buen alimento cotidiano, engrosando los músculos, podia dar brillo á la piel. Aguardando el lapso de tiempo suficiente, Dios hubiera debido (para contentar á la

censura) dar efecto retroactivo á la alimentacion gradual que siguió, ó producir un efecto que de ningun modo correspondiese á la causa, ó bien en el instante mismo, y por una accion creadora, dar nuevo acrecentamiento á los músculos secos. Las dos primeras hipótesis repugnan á los atributos de Dios, y la tercera constituiria un milagro de primer orden, que nadie exige ni pide en las curaciones milagrosas. Sólo una cosa puede exigirse decente y razonablemente, y es que la mujer que antes experimentaba repugancia para toda clase de comida, se encontrase en seguida aún en estado de tomar ventajosamente un alimento bueno y provechoso que pudiese hacer desaparecer por completo el enflequecimiento; y esto es lo que tuvo lugar desde el dia mismo en que fué curada, pues al llegar á casa del Sr. Juvenal Pelami, *comió con buen apetito.* Y como lo refiere el testigo segundo: «*Continúo comiendo con excelente apetito. Así poco á poco recobró su gordura y volvió al estado natural de su complexion.*»

13. La censura pretende además que el virus morbifico nunca fué perfectamente purgado ni quitado del cuerpo de la enferma, y esto porque al cabo de más de cinco años murió de una tisis tuberculosa. Para aumentar las dificultades presta á uno de los reverendísimos Padres palabras que, al par que parecen dichas con sumo rigor, no dejan de contener, si no me engaño, el gérmen y el principio de la solucion. Léese aquí en efecto: «No sólo despues de la extirpacion del primer tumor, sino tambien despues del segundo que se resolvió por si mismo, la enferma vivió, no diré, con la constitucion corporal y la complexion que la naturaleza hace indelebles sino con todo el virus de la enfermedad; más aún, con toda la enfermedad principal, de la que las otras no fueron sino la consecuencia, y á la que sucumbió al fin, por haber tomado el mal un nuevo carácter.» Este jez prudentísimo distingue, pues, el virus morbifico y la constitucion del cuerpo, lo mismo que el temperamento que la naturaleza hace indeleble. Que esa constitucion del cuerpo y esa complexion natural quedasen en ella tal como eran, nada quita por cierto á la perfeccion del milagro; lo que nos perjudicaria seria la persistencia del virus de la enfermedad y de la enfermedad principal. Que esto persistiese, el ilustre jez lo deduce de las palabras del Dr. de Mauro en su deposicion. Tales palabras, aún suponiendo que no sean bien comprendidas, no significarian que hubiese un resto de enfermedad,

lo que por otra parte niega el médico, reconociendo dos enfermedades independientes una de otra, sino una verdadera metástasis; y por esta expresión se entiende todo traslado ó transformación del mal. (Chomel. *Pathologie gener.* t. 2, cap. 10, art. 1). Ahora bien, el cáncer invadió primero el seno dejando el pulmón intacto, y luego desapareció: en lo sucesivo, y mucho tiempo después, los pulmones fueron infectos. Esto es lo que con toda exactitud atestigua el mismo Padre en los siguientes términos: *Si un solo y mismo virus se ha derramado en las dos enfermedades del tumor y de la tisis tuberculosa, lo que el perito ha expresado justamente con la frase caer à plomo, sería más claro que la luz del día que una y otra enfermedades tuvieron necesariamente entre sí el mayor parentesco y afinidad.* Ahora bien, ni las palabras del Dr. Mauro ni las de nadie pueden hacer que exista metástasis en el cáncer, pues en las enfermedades no existe crisis ni metástasis, como claramente lo ha demostrado el sabio Tancioni, á quien se adhieren los otros médicos y el mismo de Mauro cuando dice: «En el cirro se forma una alteracion de tejidos... que segun su naturaleza no puede cesar ni por resolucion ni por metástasis. (Véanse las respuestas á las primeras observaciones críticas y los testimonios de los médicos que allí se refieren).» Luego, para no decir que el sabio médico se contradijo, y que afirmó al mismo tiempo lo que es increíble, lo que repugna á las enseñanzas más evidentes de la ciencia, hay que buscar una razon con cuyo auxilio explicáremos lógicamente lo que ha querido decir.

14. Ciertamente, respecto á estas palabras que más que todas las otras llaman la atencion de la censura: *Entonces si la sustancia morbida podía abandonar su asiento primitivo y caer à plomo sobre el pecho;* el mismo ilustre doctor ha explicado claramente el sentido que les daba, refiriéndolas á una hipótesis sobremanera distinta del hecho precedente. «*Si en lugar de un cirro se hubiese tratado de un simple infarto de las glándulas, entonces la sustancia morbida podía salir de esas glándulas y caer sobre el pecho, produciendo así una tisis tuberculosa.*» Luego, esta invasion de la causa morbífica en otro sitio pudiera tener lugar, «*SI EN LUGAR DE UN CIRRO se hubiese tratado de un simple infarto de las glándulas.*» Por consiguiente, *si se hubiese tratado de un cirro, esa degeneracion no podía producirse segun testimonio de De Mauro.* Y puesto que dicha señora habia tenido un cirro, su última

enfermedad nunca pudo ser la consecuencia de ese cirro.» Ahora bien, el cirro existió, como resulta del testimonio de los médicos que trataron el tumor, y por lo tanto las palabras del ilustre De Mauro no son contrarias á la causa, antes bien la favorecen admirablemente.

15. Respecto á las otras palabras que se leen en el testimonio del mismo doctor acerca la cacotrofia de la enfermedad, dice con toda claridad: «En semejante caso pueden existir dos enfermedades independientes una de otra.» Si estas palabras no fuesen suficientes, en sentir de algunos de los sapientísimos Padres, para explicar claramente la idea del autor, les suplico presten atencion á lo que el hábil perito nombrado por la sagrada Congregacion ha escrito con mucha ciencia acerca la naturaleza de los dos males: «Hasta hoy ningun autor en ninguna época ha hablado de relaciones, del género de las relaciones de efecto á causa, entre una y otra enfermedad, ni siquiera del más débil lazo entre ellas. Si las diferentes enfermedades á las que estubo sujeta la Sra. Massetti, y en particular las dos expresadas, probasen algo, sería todo lo más que su constitucion orgánica era bastante mala, como lo demuestran multitud de testimonios, y que suministraba tambien un terreno fácil y conveniente al desarrollo de producciones anormales. Despues de todo, quien afirma que exista alguna relacion entre la tuberculosis y el cáncer, que sea de probarlo. (Dictám. méd.)» Llegando en seguida á la observacion que discutimos en este momento, dice: «La novena objeccion es todavía menos seria, y ya se ha contestado á ella por las declaraciones anejas al último considerando, donde se dice en particular.—Si las diferentes enfermedades á las que estubo sujeta la Sra. Massetti, y particularmente las dos que acabamos de referir, prueban algo, es que su constitucion orgánica era bastante mala, como en efecto lo demuestran gran número de testimonios. Tal es el sentido en que debemos entender las palabras del Dr. De Mauro.» Por las mismas razones hace observar que nada hay opuesto á nuestra causa en las palabras del Dr. Scalzaferri que la critica nos objeta, pues el ilustre y hábil médico dice: *Así, en efecto, no existe relacion alguna entre el aserto del Dr. Scalzaferri relativamente á la diátesis cirrosa ó la cacotrofia del cáncer, y la tuberculosis, y eso por la razon ya dicha (Dictám. méd.).* Por otra parte es cierto que lo que habia dicho el Dr. Scal-

zaferrí no encerraba oscuridad alguna, si se atiende á las premisas que sentó un poco antes. Dice, en efecto: «No me atreví á emprender un tratamiento y procuré evitarlo, porque *había existo otros casos semejantes de CIRRO REPRODUCIDOS despues de la operacion*, y terminados infelizmente en UN CÁNCER irreparable... El cirujano Mascetti hablaba de una operacion como necesaria en este segundo caso, por haber llegado el mal á un punto semejante al primero, mas no encontré ningun apoyo en mí, porque yo juzgué inútil someter á la infeliz enferma á esta segunda extraccion, pues hubiera acabado inevitablemente por morir de su diátesis cirrosa.» Luego, el sabio doctor presagiaba un nuevo cáncer despues de la extraccion, y no una *tuberculosis* ú otra enfermedad; pues una mala raíz, cuando no es arrancada enteramente, produce siempre frutos de la misma naturaleza. Ahora bien, no habiéndose producido ningun cáncer despues de la curacion, es indicio bastante claro de que la raíz viciada fué extirpada completamente.

16. Todo esto nos abre camino para refutar el último capítulo de las observaciones criticas, donde se nos objeta el decreto pronunciado en la causa del beato Juan Berchmans. (Observacion 10). Si no se admitió el tercer milagro, dice la censura, fué sobre todo porque la religiosa María Crucifixa Ancajani, aunque curada de la calentura hética, no parecia enteramente desembarazada de la causa natural de su enfermedad, esto es, de esa diátesis maligna del cuerpo que acabó por engendrar un tumor canceroso. Por lo demás, otra curacion de esta misma enfermedad no fué atribuida á milagro hasta despues que se hubo demostrado claramente que la enfermedad con su causa primera habia sido completamente destruida. Recordemos ese último milagro, enunciado así: Curacion perfecta é instantánea de sor María Crucifixa Ancajani, atacada de un tumor canceroso muy confirmado. Ahora bien, despues del cumplimiento del prodigio esta mujer presentó algunas señales de descomposicion de humores, de lo que el habilísimo censor dedujo que no habia sido destruida la causa íntima del mal. Mas el ilustre Gabriel Taussig, cuya autoridad admite la sagrada Congregacion, replicó así: «Queda la dificultad que los reverendísimos Padres encuestran en la curacion misma, considerándola como imperfecta, porque las costras que cubrian el pecho continuaron aún mucho tiempo en

su lugar; que existian en la enferma *señales de humores malignos*, y que de vez en cuando padecía erisipelas, dispneas, etc. En cuanto á estos argumentos... pareceme haber demostrado claramente que una curacion inesperada de una enfermedad esencialmente mortal no excluye el milagro á pesar de la *permanencia de las disposiciones individuales inherentes á cada uno*. (Beatif. del V. S. de D. Juan Berchmans. Nuev. pos. sobr. los milagros. Dict. del Dr. Tussy, pág. 3.) Pero como en nuestro caso se ha probado bien el hecho capital de que la *constitucion orgánica de Teresa Mascetti era bastante mala y ofrecia un terreno fácil y propio al desarrollo de producciones anormales* (Dict. méd. de Ceccarelli citado más arriba), de ello puede inferirse, *por paridad de razones*, que el cáncer de que se trata no fué menos perfectamente curado que el tumor canceroso de sor Crucifixa Ancajani. Añadid que aquí la acritud de los humores parece tener afinidad con el virus canceroso, mientras que al contrario, «en esta última enfermedad (de nuestra Teresa) se ve que solamente se trata de un vicio del sistema venoso, que no tiene relacion de ninguna clase con el cirro y el cáncer.»

V.—Últimas observaciones criticas.

1. La naturaleza del tumor canceroso que afectaba el seno izquierdo de Teresa está establecida en datos vagos y poco probados, como lo hemos afirmado en nuestras anteriores criticas, por la razon que de ningun modo se ha demostrado la existencia de las señales deletéreas que caracterizan especialmente los tumores de procedencia cancerosa. El eminente defensor de la causa juzga que esta prueba se deduce claramente de que el tumor extirpado del seno derecho de la enferma fué declarado canceroso por los hombres competentes; lo que le hace decir: «En apoyo del hecho en cuestion hay un argumento perentorio, que quizá nunca se habrá encontrado en causas semejantes á esta.»

Así se nos da por cierto lo que precisamente está en cuestion, pues todavía podemos abrigar dudas acerca la semejanza perfecta de ese tumor curado, segun se dice, por una fuerza sobrenatural, con el cirro extirpado y disecado por mano del cirujano. Nuestras dudas subsisten, aún en presencia de este axioma que se nos recuerda: *Los tumores de este género defieren por el número; respecto á*

la calidad son una sola y misma cosa. Mas el sentido de esta doctrina no debe ser tomado en una acepcion tan lata que pueda responder enteramente á lo que es el objeto de nuestro desideratum. Muchos tumores se desarrollaron en el cuerpo de la enferma, antes de que se viera la aparicion de los otros dos de que hemos hablado, y que sobrevinieron en el último período de la enfermedad, como nos lo hace saber su sobrina en los siguientes términos: «Por lo que recuerdo, mi tía fué siempre enfermiza: sufrió del pecho... tuvo un abceso en la pierna... un tumor en el cuello... una inflamacion en los ojos... un abceso en la oreja... y si no me engaño, terciarias, un tumor considerable en el cuello y otros males semejantes. Puedo decir que estaba constantemente enferma y cubierta de emplastos.» Ahora bien, aunque esos precedentes tumores denotasen evidentemente una diátesis peligrosa y mórbida del cuerpo, á ninguna persona sensata le acudiría la idea de reconocer en todas indistintamente una sola y misma naturaleza, so pretexto de que se ha reconocido los síntomas del cáncer en el tumor que fué extirpado. Mucho más racional sería inducir de esa funesta diátesis, que fué la causa de todos los diversos males á los que estuvo sujeta Teresa: hay aquí, pues, un motivo de más para dudar si el tumor que fué el objeto del milagro era de la misma naturaleza que el que afectó el seno derecho.

2. Por lo demás, por graves que sean los síntomas señalados en la marcha de la enfermedad, de ellos no resulta menos, segun las circunstancias certísimas del hecho, que esa gravedad sintomática del mal en cuestion debe ser reputada muy poco considerable para ser puesta en comparacion con los atroces sufrimientos de un cáncer. Resulta, en efecto, de las actas mismas del proceso, que la enfermedad nunca le impidió á esta mujer dedicarse á los cuidados de su casa absolutamente como una persona de buena salud; se la vió ir á la basílica Vaticana, asistir á las fiestas solemnes celebradas en honor del bienaventurado Benito José Labre, tomar parte en una alegre comida, sin que nadie pudiese advertir si padecía aún ó había recobrado perfecta salud.

3. Sabemos además que Teresa fué en lo sucesivo atacada de una enfermedad larga y complicada, de la que murió al cabo de cinco años de la curacion de su mal en el seno izquierdo. Hubiera sido, pues, muy útil investigar la naturaleza real de esta última enfermedad. A este

propósito los reverendos Padres lamentan vivamente que no se procediese á la autopsia, lo que hubiera sido un excelente medio de llegar al conocimiento de la verdad sobre un punto tan importante. Los médicos llamados á cuidar á la enferma, aunque hábiles cada uno en su arte, distan mucho de ser de la misma opinion cuando hablan de ese conjunto de males que tenían mucha analogia con la primera enfermedad; sin embargo, no puede dudarse que el antiguo virus, subsistente en el cuerpo de la enferma, fué la causa predominante de las enfermedades subsiguientes. A la verdad, en sus deposiciones, los médicos afirman que no se manifestó ningun vestigio de cirro ó cáncer, y que nunca pudo tener lugar la metástasis de esta enfermedad orgánica. Mas á estas afirmaciones un ilustre miembro de esta Congregacion opone lo que sigue: «Sin detenerme en el hecho de que en el caso presente nadie ha testificado ó no á lo menos las vísceras internas (y obsérvese bien que los síntomas indicados por los testigos acerca el estado de las vísceras parecen autorizarnos á usar este lenguaje), preguntaré si la aparicion de semejante tumor hubiera impedido la existencia del milagro. ¿No debiera admitirse, cediendo al testimonio de los ojos, que el primer tumor fué extirpado hasta sus últimas raíces? A mayor abundamiento no tenemos razon de atenernos á eso, sino en cuanto quedó todavía algun germen vivo del mal. Porque si ese virus quedó realmente en el organismo, y si produjo los mismos efectos perniciosos, cualquiera que sea la forma que adoptó, no habria lugar á atribuir á milagro la curacion sobrevenida.»

4. Equivocadamente el defensor de la causa niega la persistencia del principio mórbido, y lo confunde con la constitucion del cuerpo y el temperamento indeleble, los cuales nunca han causado la muerte á nadie. Es además inoportuno y pretende apoyar su dictámen en la autoridad del Dr. De Mauro (§ 14 y sig. *Resp. á las obs. crit.*). Pues este médico que asistió á Teresa en los últimos tiempos, no sólo le reconoció el simple efecto de una constitucion natural, como lo imagina el perito judicial por una errónea interpretacion, sino que además comprendió perfectamente el verdadero origen maligno de la enfermedad, como se desprende claramente de su deposicion: «Produce-se á veces por los individuos una cacotrofia ó corrupcion

de humores, los cuales, acumulándose en la glándula pueden determinar un cirro. En este caso el cirro procede naturalmente de sí mismo, quedando la cacotrofia ó corrupción en los humores, y pudiendo trasladarse en seguida á cualquiera otra parte... pero en tal caso habria dos enfermedades independientes una de otra, «esto es, el cirro y su causa.» Pudo suceder, pues, que la Sra. Teresa tuviese humores viciados que produjeran el cirro, y que en seguida, quedando en un estado latente ó de incubacion... produjera la tuberculosis,» enfermedad que para ella debía ser la última.

5. Respecto á la metástasis propiamente dicha del tumor, el perito admite ciertamente su hipótesis, como lo prueban las siguientes palabras: «Si en lugar del cirro hubiese un simple infarto ganglionar.» Así, este testigo, tan hábil como prudente, por su lenguaje reservado, nos advierte en breves palabras, es cierto, pero de una manera clarísima, que habiendo podido producirse por metástasis de la naturaleza de la última enfermedad ó del conjunto de los males, hay que colegir el motivo por el cual el diagnóstico del tumor precedente permaneció dudoso é incierto. Al contrario, el celosísimo defensor del milagro, considerando como cierta la formacion cancerosa del presente tumor, cuestion de ningun modo resuelta, nada tiene de extraño que, pasando sobre esta grave dificultad, combata con toda confianza la imposibilidad de la metástasis. Es absolutamente necesario, pues, que los diversos argumentos que acabamos de recordar sean enteramente refutados por el defensor de la causa, á fin de que no subsista la menor duda tanto sobre la naturaleza del mal, como sobre la perfecta curacion de la enferma.

VI.—Contestacion á las últimas observaciones criticas del reverendo Padre Promotor de la fe.

1. Como Teresa Massetti fué atacada de un doble tumor canceroso, uno en el seno derecho, que fué extirpado, y otro en el izquierdo, curado milagrosamente, segun mi conviccion, dos medios se me ofrecen para probar el carácter y la naturaleza del tumor curado por la intervencion divina. Estaba en mi mano demostrar la naturaleza peligrosa del tumor izquierdo por sus indicios y señales características; me era igualmente fácil ponerlo en para-

lelo con el primer tumor que fué extirpado y diseccionado en detalle, para inferir de ese paralelo la naturaleza cancerosa del segundo tumor, completamente curado por la invocacion del bienaventurado José Labre. He seguido estas dos vias, y creo haber logrado mi objeto. Sin embargo, la vigilante censura ha descubierto en mi segunda argumentacion un defecto de lógica. Véase la objecion formulada contra mí: «El defensor de la causa... tiene por cierto lo que precisamente está en cuestion, pues aún es permitido abrigar dudas acerca la perfecta semejanza del tumor curado, dicese, por una virtud sobrenatural, con el cirro extirpado y diseccionado por mano del cirujano. Nuestras dudas subsisten aún en presencia de este axioma que se nos recuerda: *Los tumores de este género* difieren por el número, por la calidad son una sola y misma cosa. Mas el sentido de esta doctrina no debe ser tomada en una acepcion tan lata que pueda responder enteramente á lo que es objeto de nuestro desideratum.» Esta objecion ni siquiera tiene la apariencia de una dificultad, pues pasa en silencio y descuida enteramente la segunda de las proposiciones en las que descansa nuestra argumentacion. Repara este olvido, y mi argumento os parecerá tal como es, riguroso y perfecto. Todos los médicos llamados á declaracion y testigos ordinarios proclaman altamente que todas las señales externas (absurdo seria informarse de los signos internos, puesto que en el segundo cáncer hubo intervencion divina) que se mostraron en el primer cirro, fueron las mismas en el segundo, los dos tumores eran absolutamente semejantes, completamente idénticos. Teniendo en cuenta esa identidad absoluta proclamada por todos los testigos, hay que confesar que la argumentacion *a priori* (tomada de la paridad) es completa bajo todos los puntos de vista. Tal es el estado de la cuestion. Dos tumores invadieron los senos de Teresa: forma, aspecto, color, induracion, evolucion, efectos perniciosos, todo fué idéntico. La extirpacion y la diseccion demostraron que el tumor era un verdadero cáncer, luego tambien lo era el segundo tumor.

2. No queriendo se me tache de temeridad al afirmar que los médicos y los otros testigos reconocieron las mismas señales características en uno y otro tumor, voy á citar algunas de sus deposiciones. El ilustre Dr. Angel Massetti, que asistió á la enferma, despues de hacer una descripcion minuciosa del segundo tumor, concluye en

éstos términos: «En una palabra, era evidente que el segundo cirro era idéntico al primero.» Luego, apelando á dos colegas para certificar y confirmar su aserto, dice: «Cuando se trataba de la extirpacion del primer cirro, sabíamos muy bien el Dr. Scalfazerri, el profesor Tancioni y yo, que el mal que afectaba el seno izquierdo era verdaderamente un *cirro idéntico al primero.*» El ilustre Tancioni suscribió gustoso este aserto, diciendo: «Los signos característicos que afectaban el seno izquierdo eran la dureza, el volumen y la irregularidad de un tumor *igualmente canceroso*, encerrado en dicho seno sin alteracion ninguna de los tejidos externos: no era posible dudar que ese tumor *fuera de otra especie.*» Oigamos ahora al doctor Scalfazerri: «La enferma acusaba un mal semejante, no ya en el seno derecho, sino en el seno izquierdo... el mal tuvo su curso, y *siguió la misma marcha que el primero*, con la diferencia de que desapareció por una curacion milagrosa.»

3. A las deposiciones de los médicos se unen las de los otros testigos. Entre ellos aparece primero la misma enferma: «Puedo decir simplemente que la induracion del seno izquierdo *era igual á la del derecho*; sólo que en éste se extendía más hacia el brazo que hacia el estómago, lo que sucedía lo contrario en la del seno izquierdo.» Sigue el testimonio de la condesa Negroni: «Sé que el color de este tumor era *perfectamente semejante* al del primer cirro, esto es, lívido y violeta. Repetidas veces tuve ocasion de tocar y mirar el segundo tumor. Además, por la enferma lo mismo que por los demás, estaba plenamente informada de que *los caracteres, los síntomas, las señales, los sufrimientos, todo, en una palabra, era lo que fué en el primer cirro canceroso.*» Ana María Pittori, hija de la hermana de la enferma, usa el mismo lenguaje respecto de su tía: «A proporcion que se desarrollaba el tumor del seno izquierdo, sintió los mismos dolores, la calentura y *todas las demás incomodidades del primero.* Las fuerzas físicas iban disminuyendo asimismo.» Algo más lejos añade: «En una palabra, *en su desarrollo el segundo tumor siguió la misma marcha que el primero.*» El Rdo. Nicolás Pittori es aún más afirmativo: «La descripcion que he hecho conviene tanto al primer cirro como al segundo, porque *no existió diferencia entre el uno y el otro*, sino es que el segundo era más doloroso, grave y peligroso.» Por último, el Rdo. D. Ariondante Ciccolini viene á ser eco de todos

los testimonios dichos en estos términos: «Estábamos todos atentos para ver qué segno tomaba el mal, temiendo con mucha razon un cirro no menos grave que el primero, como en efecto así tuvo lugar, pues el tumor *creció de la misma suerte que el primero, con los mismos síntomas, los mismos caracteres y las mismas incomodidades* para la enferma; y llegó á ser peor que el otro.»

4. Si hay que notar alguna diferencia entre una y otra enfermedad, consiste en que los síntomas de la segunda, aunque de la misma naturaleza, fueron más violentos y perniciosos, como ya nos lo han hecho ver las deposiciones de dos testigos, lo que concuerda perfectamente con los datos de la ciencia médica. «Por lo comun, dice Monteggia (*Inst. quirurg.* part. 1, cap. 15, § 1, 118), la extirpacion del cirro y del cáncer tiene un resultado infructuoso y aún funesto, puesto que la persona operada casi nunca tiene el tiempo de reponerse del golpe que ha causado en su constitucion una operacion grave, cuando experimenta, ora la *recaida* del mismo mal en el mismo sitio, ora *síntomas más graves* de la cacquimia.» Astruc (*Trat. de los humor.* lib. 4, cap. 2) dice á su vez: «Sucede á menudo que el enfermo, despues de una operacion laboriosa que le ha dado una apariencia de salud, es atacado, al cabo de algunos meses solamente, de un *águero* y *peor cáncer.*» Así el sabio Dr. Mascetti dice con mucha justicia hablando del segundo cirro: «Debe creerse que, atendida la naturaleza misma de esta clase de afecciones, este segundo cirro presentó un carácter peor aún, pues cuando se trata un primer cirro por medios violentos, el segundo se desarrolla más y más.» Esto le hace añadir algo más lejos: «En el segundo cirro todos los síntomas eran más violentos: de ahí más grande sensacion de calor, punzadas más fuertes, un dolor más intenso y mucho más sensible, hasta el punto de que la enferma, como he dicho, no podia soportar el más ligero contacto; y este dolor se extendía al brazo correspondiente, lo que hacia los movimientos de éste más dolorosos que los del brazo derecho en el primer cirro. Este aumento en los síntomas era progresivo y violento, y en los últimos dias se hizo insoporable... El cirro del seno izquierdo era más intratable que el primero, y no cedia á remedio alguno.»

Todo esto concuerda perfectamente con las siguientes palabras de la enferma: «Todos los remedios eran inútiles. Recuerdo que despues de la operacion me hicieron

tomar baños, unos veinte poco más ó menos, pero esto fué igualmente inútil; el cirro del seno izquierdo progresaba más rápida y violentamente, y sus efectos eran más perniciosos. Ciertamente las puuzadas dolorosas que experimenté en el seno izquierdo eran más agudas que las del derecho. Mientras el mal tuvo su principal asiento en el seno derecho, pude hacerme unciones con los dedos, mas cuando se hubo hecho la operacion del cirro y aumentó el mal del lado izquierdo, fuéme imposible continuar tales unciones con los dedos, á causa del excesivo dolor que me causaba, y tuve que servirme de una pluma.» A su vez el testimonio segundo, despues de haber dicho que el segundo tumor era de la misma naturaleza que el primero, añade: «Pero el mal era peor esta vez, pues la enferma estaba más débil todavia, padecia más, y me decia que estaba muy mala...» El segundo testigo de oficio dice tambien: «Desarrollóse en el otro seno un segundo cirro peor que el primero.» Por último la hermana de la enferma: «Esta segunda enfermedad fué peor que la primera: los dolores eran más violentos, y se extendian, como la otra vez, á la espina dorsal; su cuello se inclinaba rígido hácia el hombro izquierdo, donde habia las glándulas infartadas.» En esta situacion no habia esperanza de curacion en los remedios humanos, pues «el mal era más sério y grave que la primera vez.»

5. De todo lo dicho se colige más claro que la luz del dia cuán débil y viciosa es la instancia de nuestro eminente contradictor, cuando dice que, atendidas las circunstancias segurísimas del hecho, es absolutamente imposible poner en paralelo los sintomas poco inquietantes de la enfermedad en cuestion con los terribles del cáncer. Una cosa es disertar acerca las enfermedades, y otra el sufrirlas: el cirujano nos ha hecho conocer anteriormente toda la extension y violencia del mal en los últimos dias; «el sufrimiento era intolerable.» Si, por antifrasis, conviene llamar ligeras á males reconocidos intolerables, no me extrañara tanto, pues hace mucho tiempo estamos todos acostumbrados á ver muchas palabras interpretadas en un sentido completamente opuesto al que el uso exige. No puede llamarse ligera una enfermedad cancerosa, su pretexto de que el enfermo no está constantemente en cama; puede ser gravísima y áun mortal, aunque el paciente ande y se ocupe en algun trabajo. Mas la critica objeta: *Esta enfermedad nunca impidió á aquella mujer*

obrar en la casa, como hubiera hecho una persona de buena salud. ¿Cómo una persona de buena salud, decís? Escuchad al tercer testigo, compañera asidua de su tia: «Tenia el rostro pálido, amarillo, la tez de enfermo; experimentaba sumo malestar y perdía todas las fuerzas, como observé por mí misma. No puedo afirmar con precision si esta vez le salieron tumores bajo el brazo, pero puedo decir que este brazo estaba enfermo, doloroso é incapaz de moverse, lo que la obligaba á tenerlo doblado é inmóvil para sufrir menos, no pudiendo servirse de él para ningun trabajo.» La enferma tampoco podia descansar de noche: «Decia que no podia descansar durante la noche. Hácia el fin vi que las fuerzas le faltaban por completo; vi que todo en ella iba mal; su aspecto era absolutamente malo.» Oigamos al hermano de este testigo: «De una sola mirada comprendíase que mi tia debía sufrir mucho, pues caminaba lentamente por casa; se habia encorvado y parecia gibosa.» En otra parte añade: «Puedo decir con certeza que estaba muy débil y cenceña; su tez era habitualmente pálida y como se dice melancólica; pero entonces la tenia cadavérica. Además faltábale el apetito, y le repugnaban los alimentos.» El tercer testigo citado de oficio, y que habitaba la misma casa, se expresa así: «Andaba siempre encorvada... y vi muy bien que perdía las fuerzas.» Habla así del descanso nocturno: «La señora Teresa acostábase temprano. Cuando yo volvía á su casa, á la hora del *Angelus*, le aparejaba la cena, con su sobrina Ana Pittori. En esta circunstancia era preciso levantarla, y ponerle debajo de la espalda tres, cuatro y hasta cinco cojines, que difícilmente podíamos colocar bien. Su comida consistía en algunas cucharadas de sopa, pues rechazaba lo demás con disgusto... ya he dicho que sus fuerzas disminuian de dia en dia, que estaba sobremanera flaca y pálida, ó por mejor decir, que parecia un cadáver... Absolutamente sin fuerza, parecia una sombra ambulante, y su rostro era el de un cadáver.» No basta aún; la enferma dice por su parte: «Debo añadir que estaba tan débil, que el mardillo se me caía de las manos, no teniendo fuerzas para sostenerlo.»

6. Añadamos á estos testimonios el del Rdo. D. Nicolás Pittori: «El aspecto exterior de la enferma era malo, y claramente daba á conocer que su estado empeoraba de dia en dia, perdía sus fuerzas siempre más y su rostro era tan macilento que al fin sólo presentaba piel y huesos... En

otro tiempo se ocupaba en los quehaceres domésticos; pero durante sus enfermedades casi no podía hacer nada, sobre todo cuando el mal hubo hecho progresos: basta decir que no podía andar y moverse sino con mucho trabajo y porque el valor la sostenía. Sólo salía de casa por precisión, para oír misa los días festivos, y aun no siempre: su respiración era penosa en casa, y especialmente al subir la escalera, á causa del tumor.» El Rdo. Ariodante Ciccolini se expresa de igual manera: «Advertí que la infeliz enferma llegaba poco á poco á un estado de abatimiento mayor que en la primera enfermedad; y en particular la ví hácia el fin andar encorvada, quejarse de gravísimos dolores en la parte enferma que parecía le pesaba considerablemente, y cuyo desarrollo exterior se le advertía en el volúmen. Su fisonomía anunciaba una enfermedad en el agotamiento de fuerzas... Ni siquiera podía servirse de una pluma para las unciones que había de hacer en el seno enfermo sin que sufriese extraordinariamente; se encontraba muy mal, tanto en cama como levantada; comía poco... apenas si podía moverse y caminar un poquito por casa, de un modo que causaba lastima... Observábase que el brazo izquierdó estaba dolorido y duro, y no podía moverlo sino con suma dificultad.» «Sus fuerzas habían absolutamente decaído, dice por último la condesa Negroni, hasta el punto de que con trabajo podía moverse cuando tenía que hacersele operacion.» Luego añade: «Los dolores se hacían cada vez más atroces, mayores las quejas, la debilidad más visible y más graves las incomodidades. Apenas podía lo estrictamente necesario para no morir. Al hacer un movimiento, todo correspondía al mal que la aquejaba.»

Reunid cuidadosamente todos esos datos; representaos una mujer flaca hasta lo sumo, no teniendo más que una piel amarilla sobre los huesos, caminando penosamente con los hombros encorvados, no pudiendo mover brazos ni piernas, ó llevar objetos por ligeros que fuesen sin que se le escapasen de las manos: si trata de tenerse en pié, se la ve vacilar á derecha é izquierda; la dispnea le corta la respiracion; atroces sufrimientos la hacen llorar de continuo; todo movimiento le arranca gemidos, aumentando los males del seno enfermo; todo alimento le inspira repugnancia, y le es imposible el sueño. En el lecho apenas puede encontrar, entre muchos almohadones, una posicion menos penosa; su rostro y todo su exterior expre-

san más bien la imagen de un cadáver que la de una persona viva; contemplad, pues, á esta infeliz mujer, y tendréis así (tal es el gusto singular del crítico) el risueño retrato de una persona de *excelente salud*, y gozando de todas sus ventajas.

7. «De cualquiera manera, por último, que hayan pasado las cosas, prosigue el crítico, de las actas del proceso resulta que la enfermedad no impidió que dicha mujer... fuese á la basílica Vaticana y asistiese á las fiestas solemnes de la beatificación de Benito José Labre.» ¡Pudo ir á la basílica Vaticana! Pero ¿dónde vivía ella? Junto á la iglesia de Santa María de los Montes. Y aun ¿cómo hizo este corto trayecto? «La conducimos en coche á San Pedro del Vaticano,» dice el octavo testigo. ¡Ah, en coche! Ahora comprendo muy bien; pero tambien se conduce con suma facilidad en un vehiculo, en un carro, los cuerpos de los difuntos, y transportáseles así no sólo más allá del puente de San Angelo, sino tambien á la otra parte del Po y del Ródano. Y además, hay que recordar que ese transporte de la enferma en vehiculo no se efectuó sin gran fatiga y dolor. La condesa Negroni nos lo declara: «Llegado el día de la beatificación... quiso absolutamente hacerse transportar en coche, por la mañana, á San Pedro del Vaticano, para asistir, á pesar de los dolores é incomodidades del viaje causadas por las sacudidas del vehiculo, como me lo atestigüé más tarde.» Las dificultades aumentaron cuando la enferma hubo hecho su entrada en la basílica, nos dijo la jóven que la acompañaba: «Llegada á la basílica, *pareció sufrir mucho* por la precisión de estar en pié aguardando el momento de llegar á su puesto y sentarse, pidiendo hacerlo lo más pronto posible.» Por su parte el eminente Dr. Tancioni declara á su vez lo que sigue: «Se me refirió que el traslado de la enferma á la iglesia fué penosísimo para ella.» En esta ocasion permitanos nuestro suavísimo censor que humildemente nos quejemos de que se muestre tan rigoroso y severo con nuestro Bienaventurado, cuando se procedió mucho más suave y equitativamente en un asunto semejante con el bienaventurado, hoy santo, Pablo de la Cruz. Tratábase asimismo de una curacion idéntica de cáncer afectado al seno de Rosa de Elena. La enferma para recobrar la salud, recorrió á caballo, y durante tres horas, una distancia de *quince millas*, entre Campomededo y Fregellas. No obstante, después de las segundas observaciones críticas

del promotor, la cuestión fué resuelta sobre esta cuestión y sobre todas las demás; mientras que el proceso que nos ocupa lleva ya abiertas tres discusiones. Verdaderamente esta repetición de críticas empieza á hacerse pesada; giramos en un círculo vicioso.

8. ¿Qué decir de la última objecion con que termina el tercer artículo de las observaciones críticas? A saber, que la enferma curada tomó parte en la comida de la fiesta, de tal suerte que ninguno de los asistentes pudo advertir si padecía aún, ó si había recobrado completa y entera salud. La censura se apoya en una falsa suposicion, pues en mi respuesta á las nuevas observaciones críticas (§ 3) cité el testimonio de la misma Teresa, que, no sintiendo ya el dolor, y habiendo apretado su seno impunemente, tenía por cierto que estaba curada; asimismo cité las palabras de los cuatro comensales que advirtieron muy bien el cambio sobrevenido inopinadamente en el estado de la enferma. Don Ariodante Ciccolini admiróse viendo que caminaba derecha y que hasta corría. Los dos jóvenes Pittori observaron que su tía no estaba ya encorvada, que aparecía derecha y alegre, que no se le oía proferir ningún gemido; más aún, que hizo rápidamente y sin descansar todo el trayecto á pie. Tampoco pasó desapercibido á su primo este otro detalle, á saber, que en la mesa «apareció alegre, activa contra su costumbre, y que comió con excelente apetito.» Este mismo primo, comparando el estado de aquella mujer, tal como estaba despues de la curacion pedida y alcanzada, con el estado de salud existente en la época de la comida en casa de Juvenal Pelami, halla entre los dos una paridad completa. «Debo decir con toda verdad que estuve completamente contento y satisfecho de su aspecto exterior, no percibiendo ningún signo de la enfermedad pasada. Reflexionando ahora en la circunstancia de la comida que tomámos juntos en casa Pelami, es cierto que el estado de mi prima era completamente el mismo; comió alegremente y con buen apetito, muy al revés de lo que sucedía antes.» Mas persistís en decir que todo esto no bastaba para hacer ver á los convidados que la curacion obtenida era perfecta. ¿Qué menos fundado, pregunto, que esta insistencia? Trátase de una enfermedad que tenía su asiento seguro en el seno, y no podia atestiguiarse la perfecta curacion sino descubriendo la parte atacada. Por la noche, al volver á su casa, Teresa adquirió esa entera certeza, y todo el mundo la compartió. Lo

mismo sucedió con Rosa de Alena, de quien hablé más arriba: no supo con certeza absoluta que estaba curada hasta que, al llegar á su casa, apartó los vestidos y vendas que cubrían el seno enfermo. Admitamos, si quereis, que los otros testigos no estuvieran ciertos de la curacion hasta la noche, y durante el día sólo pudieron presumir el retorno á la salud por la ausencia del dolor: ¿en qué se opone eso al milagro? En la causa invocada anteriormente, la curacion fué ignorada de todos, excepto de Rosa de Alena. Hasta la mañana siguiente no conocieron el resultado los amigos de la persona miraculada. Y sin embargo, este sagrado tribunal, despues de dos discusiones, conforme ya he dicho, se declaró suficientemente ilustrado, y no quiso un nuevo y estéril debate.

9. Esta curacion milagrosa se realizó el 20 de mayo de 1860; la última enfermedad de Teresa Mascetti tuvo lugar por el 15 de octubre de 1865, y duró unos dos meses. El principio, los síntomas y los progresos de esta enfermedad, fueron cuidadosamente descritos por el Dr. Scalzaferri, que conoció muy bien á Teresa cuando estubo atacada de su doble cáncer. Pues bien, nada hubo, absolutamente nada, en las señales patognomónicas de esta última enfermedad, que pueda relacionarse con los cánceres precedentes. Hasta el Dr. de Mauro, llamado en los últimos días al lado de la enferma, declaró que no había más distancia entre el cielo y la tierra que entre esa enfermedad y el cirro. Ved aquí su testimonio, que es claro y preciso: *La última enfermedad nunca pudo ser consecuencia del cirro anterior.* El prudente promotor de la fe reconoce gustoso este hecho, pues dice: «A la verdad, los mismos médicos, en su testimonio, afirman que no se reconoció ningún vistigio cirroso, y que no pudo tener lugar la metástasis de esta enfermedad orgánica.» La crítica echa de menos un nuevo grado de certeza que hubiera ilustrado por completo la cuestión, á saber, la autopsia del cadáver, la que, si no se hubiese omitido hacerla, hubiera proporcionado el medio mejor de llegar á un pleno y entero conocimiento de la verdad. Reconozco que la autopsia cadavérica hubiera podido aportar un poco más de luz en la cuestión presente; pero no es siempre posible hacer la prueba de todo lo que pudiera presentarse en favor de una causa. En otras circunstancias este sagrado tribunal ha sentenciado favorablemente acerca curaciones milagrosas, despues de muerta la persona miraculada, aunque no hubiese sido

hecha la autopsia. No sólo sucedió esto, como recuerdo, en el proceso del bienaventurado Pedro Canisio, en el que se probó milagrosamente la curación de Ana María Ruman, aunque había muerto hacia mucho tiempo y que no se hizo la autopsia de su cuerpo. Sucede á menudo que se termina un proceso de este género dos ó tres años despues de la curación. Toda la discusion gira sobre los actos del proceso, y nunca se loman informes de lo que ha sido de la persona curada milagrosamente. Esta muere algo más pronto, la otra algo más tarde, y con frecuencia llega la muerte antes de que se haya pronunciado el juicio acerca el prodigio. He dicho á menudo, la experiencia nos lo enseña, que semejantes juicios no se estudian hasta mucho tiempo despues de realizado el hecho milagroso. Supongamos, pues, que la causa fué instruida dos años despues de la curación, y hecha la declaracion de la miraculada. Supongamos que, empezada la discusion en 1862, terminó en 1865. Jurídicamente, y en las formas, podia darse el juicio, porque habia podido demostrarse que la salud de la curada habia perseverado hasta el fin. La muerte de Teresa hubiera sobrevenido al fin de este mismo año. ¿Podia esta muerte causar nella alguna al milagro reconocido? ¿Qué sería, pues, si despues de la muerte de la miraculada, una nueva audicion de los testigos, una nueva deposicion de los médicos que asistieron á la moribunda, reclaman una diligencia nueva y descostumbrada en los otros procesos? Porque ya lo he dicho, por lo comun, despues de oidos los testigos que conocieron el mal y su curación, nadie se preocupa más de lo que le ha podido suceder á la persona beneficiada con un milagro. ¿Es acaso porque nos hemos mostrado más diligentes que otros que la censura nos acusa de no haber realizado el colmo de la diligencia omitiendo la autopsia? Pero nuestro benévolo crítico ¿no juega aquí el papel de aquel padre de familia que aplicó un riguroso bofetón á su hijo porque obtuvo en un concurso literario el segundo premio? Interrogado por su severidad para con un hijo tan aplicado, aquel hombre, difícil de contentar, contestó que el niño hubiera debido alcanzar el primer premio, la mayor recompensa concedida al estudio y á la diligencia.

10. Por lo demás, no son únicamente los variados síntomas de la última enfermedad, los que muestran que el mal antiguo fué enteramente curado. Existe además la naturaleza misma de la enfermedad orgánica, que no pue-

de admitir ninguna metástasis, segun la juiciosa observacion de la critica. Anteriormente he desarrollado esta tesis á fondo, y bástame ahora enunciarla. El espacio de tiempo transcurrido entre mayo de 1860 y octubre de 1865 es tambien una prueba confirmativa; pues es cierto que un virus pernicioso no hubiera podido permanecer tanto tiempo oculto, si no hubiese cesado completamente de existir. El cáncer, conforme la doctrina de Mercati (*Enf. de las muj.* cap. 17), aunque extirpado profundamente se repite *poco tiempo despues de la operacion*. Extended tanto como querais el sentido de esta última expresion, y llegaréis á un mes, á un año; pero á cinco años, esto es imposible. El ilustre Taucioni fija el último limite á siete meses. Siete meses despues de la operacion el cirro, pues, se hubiera reproducido. Pero que al cabo de cinco años el cirro levante la cabeza, y revista la forma de una tuberculosis pulmonar, esto es enteramente nuevo, inaudito, increíble, tomadas en cuenta las leyes físicas estudiadas y demostradas hasta el presente. Notemos además que Teresa, aunque de temperamento delicado, gozó de notable agilidad y salud despues de su curación milagrosa. «Adquirió grandes fuerzas,» dice el tercer testigo, y el quinto usa el mismo lenguaje: «Mi prima, despues de su curación milagrosa, se dedicó á todos los quehaceres domésticos como antes de su enfermedad, y aun con *más facilidad y vigor que en aquella época*. Durante su dolencia no podia gozar de reposo, y desde su curacion hasta hoy ha descansado y dormido bien.» Estas últimas palabras indican que este feliz estado de salud subsistia aún en la época en que se abrió el proceso, es decir, en 1865, como se desprende más y más de las palabras del tercer testigo: «Tenia buen color, y no estaba amarilla como en otro tiempo; gozaba de vigor más que suficiente para cumplir todos los trabajos domésticos, sin experimentar incomodidad alguna: iba y venia sin que experimentara dolor en el seno que estuvo enfermo ni en otras partes del cuerpo.» Luego el mismo testigo añade: «Mi tia perseveró y perseveró aún en este estado sin ninguna apariencia de cirro en el seno ó en otra parte, y sin ninguna incomodidad que pudiera parecerse á un cirro.» La condesa Negroni da un testimonio no menos preciso acerca la continuacion de la salud y la ausencia de toda reproduccion del cirro.

11. ¿En dónde veis, pues, esa *enfermedad larga y complicada* que no cesó hasta la muerte de la enferma? Cier-

tamente padeció Teresa otros males, pero estos no eran más que enfermedades de mujeres, como refiere su sobrina: *colicos uterinos, afecciones nerviosas, desvanecimientos.* ¿Qué hay en esto de comun con el cáncer? Esta mujer sólo tuvo una enfermedad grave: un ataque de apoplejía ó congestión cerebral, ataque que se repitió diferentes veces, segun la costumbre de este mal; mas la apoplejía difiere esencialmente del cáncer. Segun las actas, de la declaracion del primero resulta que esta segunda enfermedad reconocía una causa particular y externa: «Cierta dia tuvo un ataque de apoplejía, que no vacilo en considerar como el resultado de un martillazo escapado por casualidad de las manos de un obrero, y que la hirió gravemente en la cabeza haciéndole salir sangre. Sabido es que á tales golpes siguen con frecuencia ataques apopléticos, no en el momento, sino al cabo de algunos meses. El ataque se repitió otras dos veces, aunque con menos violencia.» ¿Quién puede exigir, pues, en la demostracion perfecta de un milagro, que aquel que es objeto del mismo no reciba en la cabeza el golpe del martillo de un obrero? Si creemos á los médicos, la enfermedad que causó la muerte á Teresa tenía más afinidad con la apoplejía que con cualquiera otra afeccion mórbida. Luego, si en la organizacion fisica de esta mujer habia una predisposicion para este género de muerte, hay que buscar su origen en un vicio cardiaco más bien que en el cáncer. Como quiera que sea, el eminente Dr. Angel Mascetti lo declara sin ambages: «Estaba sujeta á ataques apopléticos, y por último murió de uno de ellos.» El Dr. de Mauro dice tambien: «Esta muerte; á mi parecer, debe ser producida á consecuencia de un desórden adinámico, esto es, por la cesacion de los movimientos del corazon causados por la debilidad.» Por último, el Dr. Scalzaferri, que asistió á Teresa en su última enfermedad, se expresa así: «Murió de un desórden en los vasos sanguíneos, que debieron experimentar en alguna parte una lesion funesta... En esta última enfermedad no se advierte más que un solo vicio, y en el sistema venoso, vicio que nada tiene que ver con el cirro y el cáncer. Estas son dos enfermedades independientes que no tienen entre sí ninguna relacion.»

12. El mal estado de los pulmones puede fácilmente explicarse por el solo hecho de que *las congestiones cerebrales y la irregularidad de las reglas engendran la tuber-*

culosis pulmonar. Teresa, que sufrió ya dos ataques de apoplejía, padeció una metrorragia por el 15 de octubre de 1865, declarándose entonces la última enfermedad. Escuchemos al médico: «Esta enfermedad empezó á mediados de octubre, y después del primer acceso, hubo irregularidad en los abundantísimos ménstruos y que se sucedían al cabo de algunos dias de interrupcion.» Si, en caso de calentura, se administra á altas dosis el sulfato de quina, nada hay más apto para desarrollar y explicar la enfermedad tuberculosa. Franck temia su uso, y así prevenia á los médicos contra el tratamiento intempestivo de las calenturas intermitentes, declarándoles que los enfermos *librados fuera de tiempo de sus calenturas intermitentes por la quina, están expuestos á la tuberculosis.* Por esto el ilustre Emilio Negri en su memoria médica, hecha á invitacion de esta sagrada Congregacion con motivo del tercer milagro en la causa de la bienaventurada Margarita Maria Alacoque, milagro tocante á una tuberculosis, atribuye la principal causa del mal al empleo abundante y continuo de la quina. Ahora bien, desde los principios de su dolencia, *administróse á Teresa la quina á altas dosis y á cortos intervalos.* «Poco tiempo despues, dice el médico, prescribí de nuevo el uso de la quina.» La hermana de la enferma, que la visitó durante la última enfermedad, refiere: «Supe por la misma que habia tomado mucha quina.» Qué de extraño tiene, pues, si *el fatal remedio* (me sirvo de las palabras del ilustre Emilio Negri), *tan fuera de propósito y tanto tiempo administrado,* apresuró la tisis pulmonar de una mujer ya predispuesta á esta enfermedad? Cualquiera que fuese el origen de la enfermedad de pecho, es y será siempre cierto, segun el testimonio del ilustre Mascetti no puede tener relacion alguna con el tumor precedente del seno izquierdo.» «Esta afirmacion, prosigue el eminente médico, continuará inquebrantable mientras no se pruebe, por observaciones ó experiencias, que puede existir proporcion entre la tuberculosis y el cáncer. Hasta hoy ningun autor, de ninguna época, ha descubierto, no digo una relacion de causa á efecto entre una y otra enfermedad, pero ni siquiera un simple lazo de afinidad. (Informe médico del ilustre Dr. Ceccarelli). «Monneret nos enseña la inmensa distancia que separa estas dos enfermedades, señalando entre ellas los tres rasgos distintivos siguientes: